

cien minaretes de Kassim-Bajá; más lejos, Stambul, indeterminada y confusa; más allá de Stambul, la interminable línea de las montañas del Asia, casi escondidas en el cielo; delante, enfrente de Sudluché, á la otra parte del Cuerno de Oro, el misterioso barrio de Eyub, del que se distinguen, uno por uno, los ricos mausoleos, las mezquitas de mármol, la umbrosa pendiente salpicada de tumbas, los senderos solitarios y los cercados, lleno de tristeza y de gracia. A la derecha de Eyub, otros pueblos que se reflejan en el agua, y despues, la última curva del Cuerno de Oro, perdiéndose entre las dos altas riberas revestidas de árboles y flores.

Discurriendo con la mirada sobre aquel panorama, cansados, casi en estado de somnolencia, sin darnos cuenta de ello, pusimos en música tanta belleza, tarareando no sé qué cosa; nos preguntamos quién sería el muerto sobre el cual estábamos sentados; escarvamos con un palito en un hormiguero; hablamos de mil tonterías; nos decíamos de vez en cuando:—¿Pero es cierto que estamos en Constantinopla?— Despues pensamos que la vida es breve y que todo es vanidad, y por último, nos acometieron estremecimientos de alegría. Pero en el fondo sentíamos que ninguna belleza de la tierra dá una alegría verdaderamente completa, si al contemplarla no se siente en la mano la manecita de la mujer que se adora.

## EN CÁIQUE.

Hacia la caída de la tarde, descendimos al Cuerno de Oro, entramos en un *cáique* de cuatro remos, y no habíamos aún pronunciado la palabra—¡Galata!—cuando la gentil barquichuela estaba ya bien lejana de la orilla.

Y el cáique es, ciertamente, la más graciosa barca que ha surcado jamás el agua; es más largo que la góndola, pero más estrecho y más sutil: está esculpido, pintado y dorado; no tiene timon ni asientos, sino que siéntase uno sobre un almohadon ó un tapiz, de modo que no sobresalen más que las cabezas y los hombros; está terminado en los dos extremos de tal forma que puede bogar en ambas direcciones; pierde el equilibrio al menor movimiento; se separa de la ribera como flecha disparada del arco; parece que vuela á flor de agua como una golondrina, pasa por todas partes y huye, reflejando en las ondas sus mil colores, como delfin perseguido.

Eran nuestros remeros dos guapos jovencuelos turcos, muy simpáticos, de fez encarnado, blusa celeste, grandes calzones blanquísimos y brazos y piernas desnudos. Dos atletas de veinte años, de color de bronce, limpios, alegres y bromistas, que á cada golpe de remo hacían avanzar el

esquife tanta distancia cuanta era su longitud; otros se cruzaban con el nuestro, con tal velocidad, que apenas se distinguian; pasaban por nuestro lado manadas de ánades; volaban alrededor de nuestras cabezas los pájaros; nos rozaban grandes barcas cubiertas, llenas de turcas incógnitas, y las algas, de trecho en trecho nos impedían ver algunas cosas.

## NUEVA VISTA.

Vista desde el Cuerno de Oro á aquella hora la ciudad, presentaba nuevo aspecto. No se divisaba la ribera asiática, á causa de la curvatura de la rada. La colina del Serrallo cierra el Cuerno de Oro, como grandísimo lago; las colinas de ambas orillas parecían ajigantarse, y Stambul, lejana, difundida con gradacion dulcísima de tintes cenicientos y azules, enorme y ligera á modo de ciudad fantástica, parecía surgir del mar y perderse en el cielo.

El cáique volaba; las dos riberas huían; los remansos sucedían á los remansos, los bosquecillos á los bosquecillos, los barrios á los barrios, y á medida que se caminaba hácia adelante, todo se movía y se levantaba alrededor; los colores de la ciudad languidecían; el horizonte se inflamaba; el agua enviaba reflejos de púrpura y de oro, y un profundo estupor invadía poco á poco el alma, al mismo tiempo que una dulzura indefinible, que hacía sonreír y no dejaba hablar.

Quando el cáique se detuvo ante la escalera de Galata, uno de los remeros se creyó en el caso de gritar á nuestros oídos:—*¡Monsú! ¡Arrivar!*—  
¡Creimos que despertábamos de un sueño!